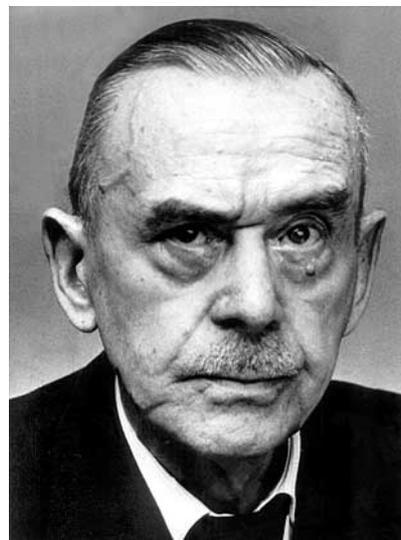




La extraña música de Thomas Mann

Una nueva traducción de Los Buddenbrook, el relato del fulgor y el ocaso de una familia en la Alemania del XIX, y una serie retoman el interés por la vida y la obra del escritor

Lo que se cuenta en *Los Buddenbrook* es el ascenso y la decadencia de una familia de la alta burguesía de Alemania a lo largo de cuatro generaciones en el siglo XIX. La serie de televisión *Los Mann* también se centra en una familia, la del autor de la novela, y muestra cómo algunos de sus miembros pasaron del esplendor al ostracismo. Un largo trecho de tiempo y unos cuantos personajes unidos por lazos de sangre para levantar acta, desde la intimidad de la alcoba a los escenarios del mundo, de las vicisitudes de un país. Y para proporcionar unas finísimas herramientas con las que asomarse a lo que significa Europa. Thomas Mann es el hilo conductor. Publicó *Los Buddenbrook* con 25 años, en 1901, y cuando le dieron el Premio Nobel, en 1929, fue esta novela la única citada en la justificación del jurado. Se trata de una imponente obra de más de 800 páginas, levantada con una meticulosa construcción formal y por la que avanza con una elegancia displicente la escritura de un maestro del estilo.



El primer capítulo de *Los Buddenbrook* es un despliegue de poderío. La familia, que se ha enriquecido con el comercio, acaba de comprar una nueva mansión situada en la Mengstrasse (que hoy es lugar de peregrinación de los adictos a la obra de Mann), y ha invitado para celebrarlo a un grupo de amigos, todos ellos personas influyentes de Lübeck. El escritor es minucioso: en el *salón de los paisajes*, por ejemplo, gruesos y elásticos tapices cuelgan de las paredes con imágenes que representan vastos e idílicos lugares y que combinan a la perfección con la tapicería amarilla de los muebles blancos lacados y con las cortinas de seda amarilla. Mediados de octubre de 1835, cae una fina lluvia. Van apareciendo los personajes. El abuelo Johann Buddenbrook tiene sentada en sus rodillas a su nieta Tony y bromea con ella. Todos están elegantemente ataviados. Esperan visita.

En el último capítulo sólo aparecen ocho mujeres de negro. Es un otoño lluvioso de finales de la década de los setenta del siglo XIX, y se han reunido para despedir a Gerda, la mujer del hermano de Tony, que regresa a Amsterdam. Hace unos seis meses perdió a su hijo, que murió de tifus. Ya no hay lujo, ni esperan visitas. Tampoco bromean: recuerdan algunos episodios tristes y hablan de un vago futuro. Tony se ha convertido después de su segundo matrimonio en la señora Permaneder: "Mientras yo viva, nos mantendremos unidas las pocas que quedamos...", dice. "Y luego leeremos los papeles de la familia...".

Entre una escena y otra se desarrolla la historia de esa familia de Lübeck, una historia que siempre va a peor. Estamos en una ciudad comercial de mediano tamaño de la Alemania del siglo XIX, un país atrasado, gobernado por una burguesía conservadora y donde mandan las apariencias. Los vientos de la historia llegan también allí, y la novela da cuenta de su peculiar revolución de 1848, ese año simbólico en el que se desató una tormenta en la Europa de entonces. En Lübeck se levantaron unos cuantos marineros y estudiantes y empleados y avanzaron decididos hacia el lugar donde estaba reunido el Consejo de la ciudad. Había casi tantos fuera como dentro del edificio. Como la cosa no avanzaba, algunos revolucionarios se pusieron a merendar pan con mantequilla. Por fin salió el cónsul Johann Buddenbrook. "¿Qué patochada es ésta?", les preguntó. "Mire *usté...*", le contesta uno de los rebeldes, "ya está bien y es que... estamos haciendo la revolución".

Una revolución que dura lo que dura un rapapolvos del cónsul, pero que llega a afectar tanto a su suegro, también presente en el Consejo y acaso el más afectado por los ademanes de la turba, que esa misma noche muere a sus 80 años de un soponcio. Así ocurren las cosas en *Los Buddenbrook*, y así las cuenta Isabel García Adánez, la responsable de la nueva traducción de la novela que acaba de publicar Edhasa. Existía una versión anterior hecha en los cincuenta, pero había envejecido. "Se dice que las grandes obras deben volver a traducirse cada cincuenta años", explica en una cafetería del barrio universitario de Madrid, "porque las lenguas van cambiando y lo que parecía natural hace un tiempo resulta hoy forzado". Lo dice porque insiste, una y otra vez, en que si alguien encuentra farragoso a Thomas Mann el responsable es el traductor. "Puede escribir, y lo hace con frecuencia, frases de más de quince líneas, pero en alemán se leen con toda naturalidad. No hay impostación en su voz, hay una fascinante claridad". Pura transparencia. Pero seguramente el reto más difícil para un traductor es justamente éste: "No desvirtuar el tono, no salirse nunca del registro que un autor ha elegido".

"*Los Buddenbrook* se puede leer como un gran culebrón que cuenta la decadencia de una familia", comenta durante una conversación telefónica Marisa Siguán, catedrática de Literatura Alemana en la Universidad de Barcelona y asesora de Edhasa en su proyecto de recuperar, con nuevas traducciones si son necesarias, la obra de Thomas Mann. "Es posible que como retrato de una sociedad, la de la Alemania del XIX, resulte un poco lejana, pero hay ahí una serie de



obsesiones en las que explora el escritor que siguen siendo vigentes. La novela es un profundo autoanálisis de dos tendencias que conviven en su personalidad. De un lado, la energía de la vida, que se convierte en su caso en una férrea disciplina y en una gran dedicación al trabajo; de otro, la tentación de dejarse ir, de rendirse a la contemplación, de precipitarse en la música como si fuera una orgía. Son temas que marcaron sus obras posteriores y que influyeron en el siglo XX y que, creo, siguen vigentes hoy".

Es necesario recuperar la ironía de Thomas Mann, dice Siguán. "A la fuerza tenía que ser raro un tipo que publica *Los Buddenbrook* a los 25 años y que recibe el Nobel con 55. Era, además, un escritor un tanto decimonónico, que cultivaba formas tradicionales a la hora de narrar. Su modernidad está en la ironía. Por eso hacen falta traducciones que atrapen la frescura de su escritura". De eso se ha ocupado Isabel García Adánez, que ya hizo hace unos años una nueva versión de *La montaña mágica*, otra de las obras maestras del escritor alemán.

"Thomas Mann no escribe nada por casualidad", explica García Adánez. Y lo que a ratos ha lastrado anteriores traducciones de sus obras es un respeto demasiado reverencial a la figura del autor. "Ante dos opciones, siempre se ha elegido la palabra más neutra. Si un término se puede traducir por simple y por simplona se elige simple. Pero resulta que ahí Mann seguramente quiso decir simplona para caracterizar a una persona", comenta. Otro recurso para solemnizar al autor es utilizar palabras rebuscadas. "Mann no es todo el rato poético, a veces es simplemente descriptivo. ¿Por qué entonces no decir sólo que los coches pitaban en vez de hablar de un fragor?".

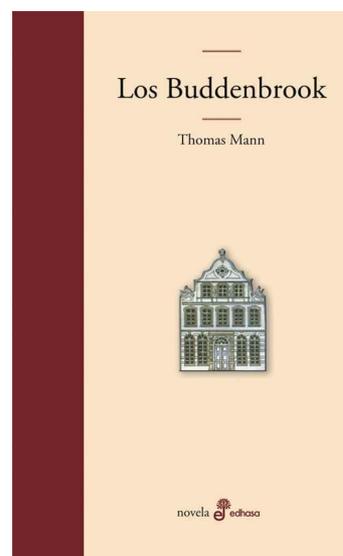
En *Los Buddenbrook*, Thomas Mann muchas veces lleva el naturalismo al límite y, así, para dar cuenta del ambiente de la ciudad y definir a sus personajes los hace hablar en *bajo alemán (Plattdeutsch)*, un dialecto que se utiliza en el norte frente a la lengua estándar. "En esos casos, no me gusta utilizar dialectos del español para mostrar que están hablando de distinta manera. Si lo que significa el *bajo alemán* es que hablan de una manera vulgar, lo que hago es buscar en español términos y giros equivalentes". Son el *usté'*, el *monta'o to*, el *tié'* que ser y el en *resumías* cuentas, entre otros, que utiliza en la novela la chusma revolucionaria de 1848, y del que se sirven otros muchos personajes en según qué situaciones. Los mismos Buddenbrook lo hacen cuando quieren tratar de manera cómplice a sus sirvientes.

También Thomas Mann utiliza en algunos capítulos el bávaro, pero como es tan extraño y eso es justamente lo que quiere contar el escritor, que es ininteligible, García Adánez transcribe las palabras originales. No ha traducido los nombres propios, que están elegidos con intencionalidad irónica (el señor Grünlich debería ser el señor Verdoso y la señora Weichbrodt, la señora Pan blando). Las notas están reducidas a la mínima expresión para que la novela se lea sin interrupciones. Otra cuestión a la que ha sido muy sensible la nueva traducción es a los detalles, a la descripción de los gestos de los personajes (solían obviarse) y a los diálogos (es ahí donde la anterior versión había envejecido peor). "Thomas Mann hace con el idioma cosas difícilísimas pero las hace como si fuera lo más natural", cuenta García Adánez. "Lo controla todo". "Es sutil y fino". "Su alemán es un prodigio". Eso dice con entusiasmo.

Los Buddenbrook está inspirada en la historia de la familia del propio escritor, y la ciudad y algunos personajes secundarios están tomados directamente de la realidad. A muchos de los habitantes de Lübeck no les gustó cómo quedaron, y se soliviantaron y fueron muy críticos con la novela. En la serie *Los Mann*, que apareció hace unos meses en Círculo de Lectores, hay un momento en que los habitantes de esa ciudad le reprochan a Thomas Mann el haberlos utilizado. "Me consideran un traidor", le dice allí a un periodista que lo está entrevistando. Le comenta que no se refería a nadie, que sólo son personajes de una novela, y poco después le confiesa: "Todos los personajes tienen algo de mí".

El afán obsesivo por analizarse, la rigurosa disciplina de trabajo, las numerosas manías y la frialdad del escritor, su pasión por los jóvenes, su coquetería, las tensas relaciones con su hermano Heinrich (y sobre todo con la mujer de éste) y con sus hijos, la dulzura y paciencia de Katia (la esposa de Thomas), que está ahí para reconducir las situaciones más complicadas y en la que parece sostenerse todo. Eso, y mucho más, es lo que cuenta *Los Mann*, una serie de tres capítulos filmada por Heinrich Breloer y que, durante más de cinco horas, consigue reconstruir los distintos lugares en los que vivieron el escritor y su familia.

Fulgor y ocaso. La historia de los Mann es, de alguna manera, la continuación de la de los Buddenbrook. Estamos ya en el siglo XX y todo empieza con un escritor que ya es célebre, que ha ganado el Premio Nobel y que es un referente indiscutible en las letras alemanas de su tiempo. Y hay por tanto un montón de años en que todo consiste en disfrutar de la gloria. En trabajar y en vivir con intensidad. Hasta que los nazis llegan en 1933 al poder. Es entonces cuando todo empieza a torcerse.





Thomas y Katia, ya se ha dicho. Pero la serie se alimenta también con la historia de Heinrich Mann, el autor de *El ángel azul*, el hermano mayor del genio, un hombre de ideas mucho más democráticas que ha de soportar los iniciales arrebatos nacionalistas de su hermano y que, más adelante, asistirá a su transformación. Pero donde, sobre todo, puede seguirse el brillo del triunfo y la caída en el anonimato y la desaparición es en las peripecias de Erika y Klaus, los dos hijos mayores de Thomas Mann. La primera irrumpió en la escena alemana como una brillante actriz, escritora y periodista y, con el paso de los años, fue enclaustrándose en su radical odio a los nazis. Hasta marchitarse. Klaus también triunfó en la vida y en la literatura cuando empezó. Pero las cosas se le fueron torciendo y un día, el 11 de julio de 1948, se metió en un hotel y llenó un vaso de pastillas. Luego lo bebió y se tumbó en la cama.



El exilio es decisivo. La salida de los Mann de Alemania ante la presión de los nazis. La llegada a Suiza, el traslado a Estados Unidos, el regreso. La serie reconstruye con actores, y en los escenarios reales, muchos de los momentos por lo que pasó la familia. Pero incorpora también viejas entrevistas de archivo con algunos de los hijos -Erika, Golo, Monika- y ofrece imágenes que se grabaron en su día de los momentos más importantes que protagonizó el escritor. La más pequeña de las hijas, Elizabeth, es decisiva (el otro hijo pequeño fue Michael, que también se suicidó). Es ella la que visita los lugares en los que estuvo con sus padres y cuenta cómo vivió tantos disparates y dramas, tanto dolor, tantas alegrías, el horror de la guerra, la vergüenza de los campos de concentración, la extrema distancia de un padre demasiado concentrado en pulir las frases de sus novelas y atrapar las grandes concentraciones de su vida como para perder el tiempo con hijos, nietos y demás bagatelas.

Thomas Mann sigue ahí. En España, Global Rhythm rescató hace poco una serie de textos desconocidos en *Hermano Hitler y otros escritos sobre la cuestión judía*, y Ediciones B publicará el tercer tomo de *José y sus hermanos*. En Alemania, a finales de año se estrena la superproducción que Heinrich Breloer ha dirigido de *Los Buddenbrook*.

En todo momento, pues, esa extraña música que habita toda la obra de Thomas Mann. La lucha entre la vida y la muerte, entre la afirmación del trabajo y la llamada de la dispersión y el placer. En *Los Buddenbrook* y en *Los Mann*, ese hilo conductor, esa obsesión, esa grieta insalvable.

Los Buddenbrook de Thomas Mann

Por Luis Fernando Moreno Claros

Thomas Mann (1875-1955) terminó *Los Buddenbrook*, su primera novela de larga extensión, en la primavera del año 1900, "después de dos años de trabajo frecuentemente interrumpido", según recuerda en su breve autobiografía "Relato de mi vida". Apenas cuatro años antes había decidido abrazar el oficio de escritor. El éxito obtenido por un rotundo primer relato, "La caída" (1894), le animó a ello. Era un estudiante desaplicado y la generosa asignación mensual obtenida de la liquidación del negocio familiar tras la muerte de su padre le permitía vivir como bohemio, a veces en Múnich y, otras, en Italia. Después de otra narración meritoria, "La voluntad de ser feliz", apareció esa pequeña joya que es "El pequeño señor Friedemann", un relato de mayor extensión que los precedentes, aceptado por la prestigiosa revista cultural *Neue deutsche Rundschau*, de la berlinesa casa editorial Fischer. Fue a raíz de esta obra que el avisado Samuel Fischer, advirtiendo el talento del joven literato, lo animó a que compusiera una novela, con la promesa de publicársela bajo su sello editorial.

Durante el verano de 1897, en la pequeña ciudad italiana de Palestrina, Thomas terminó un primer gran esbozo de la novela y concluyó los primeros capítulos, y unos meses después, instalado de nuevo en Múnich, en pleno barrio de los artistas, el Schwabing, se dedicó a desarrollar y pulir aquella obra que no dejaba de crecer, pues su argumento se prestaba a ello: el joven se había propuesto contar ni más ni menos que la historia de la decadencia de una gran familia burguesa de comerciantes establecida y venida a menos en la ciudad hanseática de Lübeck: los Mann, su propia familia. Lleno de entusiasmo, a menudo leía fragmentos de la obra en curso a su madre, hermanos y amigos, y éstos los celebraban con alborozo; reían de buena gana con los pasajes caricaturescos de la historia, bordados con tanto acierto por el agudo artista, pero dudaban de que aquellas muestras de talento llegaran a cuajar en una obra de arte terminada y completa.

Mann contaba 25 años cuando terminó *Los Buddenbrook*; la asignación familiar daba para poco y, por entonces, se ganaba la vida trabajando como redactor en la revista literaria y satírica *Simplicissimus*, puesto que abandonaría enseguida, ya que trabajar para otros no era su fuerte. Con la publicación de la novela, su vida dio un vuelco hacia la fama. Fischer recibió el voluminoso y enrevesado manuscrito con reticencia: "La desmesurada extensión de la obra no es



que me seduzca, desde luego”, escribió al autor. Pero apenas comenzada la lectura se mostró interesado en publicarla si Mann consentía en acortarla; a este respecto no cupo discusión: el autor se mostró impasible y le aseguró que la extensión de la novela “constituía una de sus propiedades esenciales”.

Al fin Fischer apostó por ella y la publicó en dos tomos, en edición de mil ejemplares y a un precio elevado. A pesar de ello la edición se vendió entera y, a comienzos de 1903, vio la luz en un solo volumen y a precio menor. Las ventas crecían de tal modo que en octubre de aquel mismo año hubo que lanzar una nueva edición, esta vez de diez mil ejemplares. Thomas Mann se convirtió en el escritor de moda, y el proyecto de vivir para y de la literatura se hizo realidad. La fama le abrió las puertas a la mejor sociedad de Múnich reportándole grandes beneficios para el futuro, entre ellos, su ventajoso matrimonio con la rica heredera de origen judío Katia Pringsheim.

Siguieron otras obras, tales como *Alteza real* o las excelentes novelas breves *Tonio Kröger* y *Muerte en Venecia*, pero en 1929 la Academia Sueca concedió el Premio Nobel de literatura a Thomas Mann, “en especial por su gran novela *Los Buddenbrook*, que, en el curso de los años, ha obtenido un reconocimiento cada vez más firme, como una obra clásica de nuestro tiempo”. En 1930 alcanzaba el millón de ejemplares vendidos sólo en Alemania; en 1932, cuando arreciaba el nazismo, el gran escritor recibía una siniestra amenaza por correo: un ejemplar a medio quemar de *Los Buddenbrook*, así honraban los bestias el talento.

Andando el tiempo, esta novela tan popular se ha visto un tanto eclipsada por el fulgor de *La montaña mágica* y *Doctor Faustus*, ambas de factura “más intelectual”, lo cual no es justo, pues aquélla está a su altura e incluso las supera. “De ella sale todo el Mann posterior”, ha dicho Claudio Magris, quien también la califica de “obra maestra”. Más “amable” y convencional que las mencionadas, en modo alguno es una novela de tesis ni de sesuda filosofía –por cierto, la mención a Schopenhauer casi al final del libro, tan manida por los seguidores de este filósofo, aunque tiene su miga no deja de ser una anécdota, una mención de Mann a uno de sus autores favoritos y cuya metafísica desdeña el protagonista. *Los Buddenbrook*, novela de corte decimonónico, se halla en la corriente de las obras de largo aliento de Zola, Balzac o Tólstoi –por lo visto, un retrato de este inmenso escritor acompañó a Mann mientras la redactaba– y hasta de la gran novela inglesa del siglo XIX. Se trata de un relato, en definitiva, muy bien contado, ecuaníme y lleno de sorpresas, que atrapa al lector por su estilo desenvuelto, por la riqueza de detalles y la encantadora sensibilidad casi “femenina”, tan “proustiana”, de la que Mann hace gala en la descripción de objetos, ropas y personas.

El tema ya lo mencionamos, el propio autor observó: “Mi procedencia familiar está descrita con minucia en *Los Buddenbrook*”. El relato recorre las vidas de cuatro generaciones de *Buddenbrook*, “casa burguesa de renombre centenario”, desde el abuelo Johann, descendiente directo del fundador de la casa Buddenbrook, hasta el pequeño Hanno, el último vástago varón, fallecido en 1877. Pero aunque la estirpe familiar, unida a la empresa comercial que la sustenta, perdura durante algo más de cien años, Mann se centra en reseñar acontecimientos que cubren apenas cuatro décadas, periodo en el que los miembros de las distintas generaciones coinciden entre sí. A través de los representantes de la tercera generación, los hermanos Thomas, Tony, Christian y Clara, conoceremos a sus padres y a los Buddenbrook mayores, sus abuelos, y a los bisabuelos; pero también a los benjamines Erika y Hanno. Y junto a estos personajes principales, también a una variedad de figuras secundarias, tales como la comilona prima Tilda, la jobada Sesemi Weichbrodt o la avinagrada parentela compuesta por Frederike, Henriette y Piffí. Abogados, senadores, alcaldes, párrocos y médicos; pescadores, damas y criadas pueblan la novela, también rica en ambientes, desde el salón burgués “de las estatuas” en el que invitan los Buddenbrook, hasta las rocas de la playa de la cercana y vacacional Travemünde.

Según afirma el tópico, suele ser la tercera generación de una familia la que dilapida la fortuna acumulada con tanto empeño por los predecesores, dotados con más ilusión y espíritu de sacrificio e impulsores de aquella riqueza. Tony y sus tres hermanos serán testigos del declive familiar, responsables a su vez, sin quererlo, de la liquidación de la empresa, pues la casa Buddenbrook se hundirá sin remedio. La familia tiene mala suerte; sus miembros dejan de estar a la altura de lo que se espera de ellos; tanto Tony como Thomas son los más conscientes de sus deberes para con el mantenimiento del esplendor que conlleva su apellido, pero ambos cometerán errores y a los dos los traicionará el destino.

La despierta y alocada Tony se casará dos veces con personajes cada cual más ridículo: el señor Gründlich, un estafador, y el bávaro Permanender, un grosero bebedor de cerveza. Es madre de una niña insulsa, Erika, que tampoco será dichosa, al contraer matrimonio con un funcionario que acaba en la cárcel. El tercer hermano, Christian, es un pobre calavera, incapaz de algo serio, inconstante e histrión, la “oveja negra” de la familia. En cuanto a Clara, a ésta le





da por la mística y se casa con un pastor protestante; pero se alejará y morirá pronto dejando su cuantiosa dote en manos de su espiritual marido.

Thomas, senador y último magnate de la saga familiar, trasunto quizás del padre del propio Thomas Mann, es un hombre cumplidor de su deber, la perfecta encarnación del burgués pulcro y acomodado, un aristócrata del trabajo, aferrado a los principios y exigencias de su clase, comprometido con su ciudad tanto como con su negocio y sus empleados, a los que trata con suma cordialidad. Su idealismo y hasta su poesía consisten en imaginarse fiel a un gran principio ético que lo conmina a sacrificar sus instintos por el bien de la familia y la empresa para perpetuar y engrandecer la exitosa obra que levantaron sus antepasados. Pero Thomas está solo con sus nobles principios; la responsabilidad lo desborda y, para colmo, cuando el infortunio acecha, no halla apoyo suficiente ni en su inútil hermano ni en las mujeres de las que se compone la familia, cada vez más debilitada. Ni siquiera su matrimonio con la gélida Gerda Arnoldsén, bella intérprete de violín y entusiasta de la música de Wagner, aunque muy representativo, lo hace feliz. De este enlace nacerá Hanno, un niño de carácter y naturaleza opuestos a los del padre, un "alma de artista", músico precoz y en extremo sensible, pero inútil para los negocios comerciales y sin la garra que necesitaría un digno sucesor. Resulta curioso descubrir *a posteriori* cuánto se parecerá este Thomas imaginario al puntilloso, reprimido y frío Thomas Mann escritor. Pero, por contraste, lo mismo ocurre con el pequeño Hanno, cuyos días de escuela, sus temores y hasta su amor de infancia recuerdan a las propias experiencias del sensible autor.

El declive de la familia fue inevitable, tal y como lo fue el de aquel mundo de burgueses que terminaría con la I Guerra Mundial y que supuso el final de "la edad de la inocencia". Pesimismo *fin de siècle* en el que "todo se acaba", tan bien contado por la sabia pluma de Mann, quien ya plasma sus obsesiones en la novela: sobre todo, se advierte su acuciante interés por los procesos de enfermedad y muerte, en los que abunda el relato; al fin y al cabo, la Parca es la que siempre llega para trastocar todo, y rara vez sólo para conceder la paz y el silencio.

En suma, la historia de la familia Buddenbrook atrapa desde las primeras páginas, aun cuando lo único que se desarrolla en ella es el irrefrenable transcurso de la simple vida cotidiana y el paso de los años en que los miembros de la familia viven, envejecen y mueren. Y son justo las descripciones de estos acontecimientos, los matrimonios, los nacimientos y las muertes las que dotan de realidad a esta magnífica y grandiosa narración. Todo ello contado de una forma tan atinada que la lectura de esta novela conmueve y asombra, provoca una gozosa desazón y nos llena de melancolía. La nueva traducción de Isabel García Adánéz –a quien también debemos una reciente versión de *La montaña mágica*– ayuda a ello. Contábamos hasta ahora con la traducción de Francisco Payarols, un buen traductor en su época, los años cuarenta del siglo XX, que tradujo a Stefan Zweig y Karl Jaspers; pero, al contrario que las obras inmortales, logradas de una vez por todas y para siempre, las traducciones de éstas necesitan renovarse de cuando en cuando so peligro de obsolescencia. La nueva versión aporta gran frescura y, tal vez, acerca algo más esta obra inmensa al lector actual, al que le asombrará la imperturbable grandeza de Thomas Mann. ~

Medio siglo después, Alemania hace las paces con Thomas Mann

Durante los 60 y 70, fue negado por escritores como el Nobel Günter Grass. Clarín habló con críticos alemanes que explican su vigencia en la Europa del siglo XXI.

Más importante que Goethe, porque a Goethe ya no lo lee nadie. Y más que Kafka, porque Kafka es hermético, cerrado". Para Thomas Steinfeld, uno de los críticos literarios más destacados de Alemania, "Thomas Mann es sin duda **el escritor de lengua alemana más importante de todos los tiempos**".

Cuando se cumplen cincuenta años de la muerte del autor de **Los Buddenbrook** (1901), **Muerte en Venecia** (1912), **La Montaña Mágica** (1924) y **Doctor Fausto** (1947), el mundo literario y editorial alemán da casi por cerrada la polémica sobre sus opiniones y sus escritos. Atrás han quedado frases como la de Thomas Bernhard, quien afirmó que "el gran burgués Thomas Mann escribió una literatura pequeño burguesa de principio a fin".

Nacido el 6 de junio de 1875 en el seno de una familia de comerciantes de la norteña ciudad de Lübeck, Mann **describió a sus contemporáneos con minuciosidad analítica**, penetrando en la psicología del burgués, e indagó en el conflicto entre la creación artística y las convenciones sociales, el abismo entre la realidad y el deseo, la relación entre la belleza y la muerte. En 1929 recibió el Premio Nobel de Literatura por la saga familiar **Los Buddenbrook**, que escribió con 26 años.

"Mann es el único gran escritor alemán muerto que se sigue leyendo siempre, permanentemente, sin pausa", subraya Thomas Steinfeld, editor jefe de Literatura del prestigioso diario **Sueddeutsche Zeitung**. "Lo sorprendente es que con el paso de los años el significado de su obra ha ido creciendo. Primero, porque sus novelas representan la suma de su tiempo, desde el viejo mundo anterior a la Primera Guerra Mundial hasta la reconstrucción después del



nacionalsocialismo. Y segundo, por él y su familia, porque Thomas Mann no describió solo a los Buddenbrook sino también a sí mismo y a los suyos", asegura Steinfeld.

Casado con la talentosa Katja Pringsheim, tuvo seis hijos, la mayoría de ellos intelectuales. También su hermano mayor Heinrich fue un escritor notable, autor de novelas como **El Profesor Basura**, o **El ángel azul** (en la versión cinematográfica protagonizada por Marlene Dietrich). Thomas Mann y su familia alcanzaron la cima de la popularidad en Alemania en 2001 con la miniserie de televisión **Los Mann**, que el Instituto Goethe presenta hoy en Buenos Aires. "La de los Mann es la historia de una familia de artistas geniales en la que entran **desde las drogas hasta las sospechas de incesto**, que tiene elementos de identificación con la historia alemana con todas sus contradicciones", explicó a **Clarín** Holger Pils, de la Buddenbrookhaus de Lübeck, una casa que fue propiedad de la familia Mann y hoy funciona como museo del escritor.

La película de Heinrich Breloer tuvo un efecto similar al de la publicación de los diarios de Mann en 1975, que revelaron **una cara desconocida del escritor socialconservador**. "Hasta entonces Mann era un autor formal, inalcanzable, que se situaba por encima del resto de los humanos. Con sus diarios se conoció a alguien desgarrado, inseguro, con **cargo de conciencia y de homosexualidad latente**. Eso lo hizo interesante, cargó biográficamente también la lectura de sus obras", resume el crítico Steinfeld.



Junto a Goethe, Mann sigue siendo **el escritor alemán más estudiado**; aún hoy se escriben unos 50 trabajos de doctorado por año sobre su obra. Pero su influencia en las letras alemanas de posguerra es discutida. "Sus primeras huellas se encuentran en su negación. A fines de los 60 y en los 70 justamente nadie quería ser como Mann, la literatura era directa, comprometida, cuando no de tendencia revolucionaria", declaró Holger Pils, de la Buddenbrookhaus.

Parte de esa negación persiste en el también Nobel Gunter Grass que frente al aniversario declaró: "No estoy de acuerdo con destacar especialmente a Thomas Mann en la literatura del siglo XX". Para Grass, los críticos exageran con los elogios a Mann y olvidan a su hermano Heinrich.

Thomas Steinfeld cree que esa negación de Mann se revierte hoy "en autores como Ingo Schulze (33 momentos de felicidad, Historias Simples) que, tal vez con otro estilo, recurren a una narración alegórica, teñida de *zeitgeist*".

Para el 50 aniversario de la muerte de Mann, ocurrida el 12 de agosto de 1955 cerca de Zürich, Suiza, se lanzaron numerosas reediciones, algunas de ellas agotadas, y nuevos ensayos sobre su obra y su familia, incluida **una biografía de su suegra**, Hedwig Pringsheim. Tal vez otra de las claves de por qué se sigue leyendo al "último escritor burgués" es su amplia cualidad de narrador. "**Doctor Fausto** es complicado, pero los Buddenbrook es fácil, **Muerte en Venecia** es fácil", asegura Steinfeld. "Para los lectores no muy preparados, Mann tiene además la ventaja extraordinaria de rescatar **los grandes valores culturales europeos**. La música de Beethoven, Arnold Schoenberg, la filosofía de Schopenhauer, Nietzsche, la literatura de Tolstoi, todo esto recorre y se transmite en su obra", subraya el crítico.

A cincuenta años de su muerte, Alemania rinde homenaje a aquel autor que al marchar al exilio en 1936, desde Estados Unidos, declaró: "donde yo estoy está Alemania. Yo llevo la cultura alemana en mí".

Fontes:

<http://www.letraslibres.com/index.php?art=12941>

http://www.elpais.com/articulo/narrativa/extrana/musica/Thomas/Mann/elpepuculbab/20080301elpbabnar_9/Tes

<http://www.clarin.com/diario/2005/08/12/sociedad/s-06501.htm>

Para ampliar:

<http://www.eldigoras.com/bibe/num/e040/tierra40cto03.htm>

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>